



FRANCO SE CONFIESA

Antonio Alcaraz

FRANCO SE CONFIESA



Primera edición: diciembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Alcaraz

ISBN: 978-84-18097-40-9

ISBN digital: 978-84-18097-41-6

Depósito legal: M-38837-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Maribel, Antonio y Eduardo...
y a cuantos no temen conocer las verdades
que la Historia nos revela.*

¿DIRECTO AL CIELO?

20 DE NOVIEMBRE DE 1973

Calle Claudio Coello de Madrid. A las 9 de la mañana

En la acera, próximos a la iglesia de San Francisco de Borja y no lejos de la embajada de Estados Unidos, dos jóvenes bigotudos vestidos con monos verdes parecen reparar el tendido de la red telefónica. Uno de ellos, encaramado en una escalera, señala una y otra vez el cable anclado a la pared agitando su destornillador como si de una batuta se tratara. El otro hombre, que es el único espectador de su mudo concierto, permanece junto a él portando una caja negra de herramientas. Ambos alternan su atención al cableado con rápidos vistazos al tráfico de esa calle del barrio de Salamanca. De observarlos detenidamente, concluiríamos que no están haciendo realmente nada. Pero nos equivocariamos: esperan la llegada de alguien a quien van a dar muerte.

A esa misma hora, en el Palacio de El Pardo,
a 12 kilómetros de la capital

Francisco Franco se quita el antifaz y sus ojos, antaño de fulgurante azabache, ahora solo emiten un débil destello que a nadie inquieta. Su mirada está cansada y marchita. Extiende el brazo en

la oscuridad y comprueba el vacío alrededor. El viejo caudillo está solo. Doña Carmen debe estar desayunando.

Enciende el flexo negro de su mesilla y, luego, los apliques que flanquean las dos camas adosadas bajo un marfileño Cristo crucificado. A continuación, prende la lámpara francesa de araña, de cristal tallado y bronce dorado, que cuelga del centro del techo. La penumbrosa habitación adquiere entonces una agradable luminosidad ambarina y él recorre con la vista las paredes revestidas de verdosa seda, decorada con sutiles motivos florales y geométricos. Es el sencillo y relajante paisaje con el que cada mañana se despierta. Nada que ver con los excesivos barrocos y rococós de otras estancias del Palacio del Pardo que tanto impresionan y marean a los visitantes. El dormitorio del viejo dictador, habitado por muebles estilo imperio es, en suma, serio y elegante. Es la decoración que a él le gusta y que, con la aprobación de doña Carmen, ha impuesto en el hogar de la familia española más reverenciada.

El dictador lleva tres décadas encerrado en El Pardo. Su residencia familiar ocupa una pequeña y austera parte del palacio que construyeran Austrias y Borbones. Las otras zonas le resultan agobiantes por estar demasiado recargadas de mobiliario y con todas sus paredes forradas de tapices, cuadros y pinturas al fresco. No quiere vivir en un museo, pues su vida de espartano legionario y su propia infancia le marcaron a fuego el gusto por la sencillez. «¿Cuándo había sido más feliz que cuando niño intentaba pescar un buen cabracho en el bote destartelado de su tío?, ¿o tomando café en lo alto de la empalizada para celebrar una victoria sobre los rifeños?». «¿Qué tiempos en los que era solo una persona! ¿Se sentiría orgullosa su santa madre de lo que ha llegado a ser su Paquito?». Como otras veces, ese pensamiento le desasosiega.

A pesar de sus achaques, Franco ha amanecido moderadamente contento. Se encuentra muy aliviado de la gripe que venía arrasando. Intuye que va a tener un buen día. Por eso no espera a que, como cada mañana desde que está delicado, venga Juanito. Su

asistente es quien últimamente se ocupa de despertarle, le ayuda a vestirse y, tomándolo del brazo, le acompaña al comedor.

El *Caudillo*, tras incorporarse lentamente de la cama, se arregla el pijama a rayas blancas y azules y, algo renqueante, se dirige a un escritorio, de raíz y palosanto, convertido en oratorio. No sin esfuerzo y resollando, se postra de rodillas sobre el reclinatorio de terciopelo granate. Como hace cada mañana, se santigua y susurra una oración mientras mira ese relicario que le ha acompañado más de 30 años. En él se guarda el último y más fiel de sus talismanes: el brazo incorrupto de Santa Teresa. Recuerda que, fruto del destino, esta reliquia de la santa de Ávila se la regalaron unos falangistas al inicio de la Guerra Civil. La habían encontrado en la maleta del general comunista Villalba. Días antes, un piquete rojo arrebató la reliquia a las carmelitas descalzas de Ronda.

—El brazo se lo devolveré a las monjas en su debido momento, pues podría traerme mala suerte hacerlo ahora, después de casi 40 años y cuando mi salud está algo quebrantada — susurra el viejo general—. Este sí ha sido un buen amuleto, y no como el que llevaba Napoleón. El general corso no se separaba del retrato de su muy infiel Josefina, ¡y así le fue! Un gran estratega militar, pero en lo personal, demasiado fatuo y confiado.

Entre soliloquios y con su lábil mente dando saltos en el tiempo, prosigue con el ritual matutino. De la reliquia de la santa dirige la vista a *La Virgen y el Niño*, una obra de Luis de Morales, *El Divino*. Y entonces recuerda a su madre, la mujer que más había querido. Piensa que la santísima doña Pilar, de haber justicia divina, deberá estar ahora a la diestra del Creador. A continuación, gira la cabeza y se santigua ante el marfileño Cristo crucificado que cuelga del cortinaje del cabezal de las camas. La contemplación de su tétrica y agónica mirada le inquieta y opta por darle la espalda.

Tras sus breves plegarias y saluciones, el *Generalísimo* se dirige a una consola de cerezo con dorados adornos. Sobre ella ha hecho colocar en los últimos meses el moderno tocadiscos automático. Pulsa un par de botones y, como cada mañana, hace girar el *ele-*

pé que siempre está colocado. El brazo posa automáticamente su aguja diamantina sobre el surco seleccionado. Está siguiendo las estrictas órdenes de Vicente Gil. Además de boxeador *amateur* y falangista de pro, *Vicentón* es su médico personal desde el tiempo de la guerra.

Mientras suenan los primeros acordes, Francisco Franco se sitúa en un extremo de la estancia. Endereza el cuerpo. Da una tosecita, alza el mentón y mira la bronceína araña del techo. Los briosos sonos de la marcha militar *Los Voluntarios* inundan la alcoba. Su excelencia inicia el ejercicio. Como un cascado autómatas, balancea los brazos y desplaza sus cada vez más raquílicas piernas. Sorprende ver cómo el renqueante anciano se mueve a lo largo de la habitación con gran agilidad. Resulta milagroso el efecto que produce ese himno que nació un año después que él, en 1893, y que estaba dedicado a los voluntarios catalanes que iban a la guerra de África. «¡Es tan alegre, tan bonito e inspirado!», dicen todos de él.

¡Ta-ta-raraá! ¡Ta-ta-raraá! ¡Chin-ta-chín! ¡Chin-ta-chín!

Durante tres minutos y 15 segundos, Franco recorre el dormitorio de arriba abajo, transportándose a los juveniles y gloriosos tiempos cuando desfilaba en los cuarteles de Marruecos y defendía, jugándose la vida, los últimos restos del Imperio español.

Cada mañana alterna los animosos sonos de *Los Voluntarios* con los más cadenciosos del *Himno de la Legión*, según le pida el cuerpo. Desfilas un ratito forma parte de la terapia que el doctor le ha prescrito para sobrellevar ese párkinson que, desde hacía diez años, ha ido minando irreversiblemente la que era su salud de hierro. Claro que la base del tratamiento son las tres pastillas diarias que ha de tomar de Sinemet, el nuevo medicamento que a veces le produce náuseas y somnolencia. El general no se lo ha dicho a su médico, pero últimamente está sustituyendo algunas de las dosis por más minutos de ejercicio y marchas militares. Su cuerpo, como su memoria reciente, ya está derrotado, pero hasta que llegue la hora final desea conservar la mente clara, así como los buenos recuerdos de su larga existencia. Y continúa desfilando a los sonos de la marcha militar.

¡Ta-ta-raraá! ¡Ta-ta-raraá! ¡Chin-ta-chín! ¡Chin-ta-chín!

Bastante animado, cuando llega al extremo de la habitación da un cerrado giro, siente vértigo y se tambalea. Mientras se sujeta a la esquina del escritorio, piensa que se ha movido muy bruscamente. Retorna a la cama. Puede que aún tenga unas décimas de fiebre.

Perdida la mirada por las sombras del techo, como en otras ocasiones en los últimos años, vuelve a preguntarse por el sentido de su vida. Ve ahora el curso de su existencia como un disparo muy remoto en busca de un objetivo que, aunque muy lejano, él siempre percibió nítidamente. ¿Han merecido la pena tantos avatares? Los últimos años estaban siendo de sangre y plomo. Algaradas universitarias, acciones terroristas, crisis económica, periódicos marxistas y curas comunistas. ¿Es que los enemigos familiares iban a acompañarle hasta el final de sus días? ¿Acaso no los había derrotado en 1939?

«Si al menos me acompañaran las fuerzas!», es su diaria queja, pues la enfermedad y la medicación le han convertido en un ser indolente y soñoliento. Quizás por eso el general hace tiempo que comenzó a delegar. Primero, al nombrar a Juan Carlos como sucesor en la jefatura del Estado, haciéndole cada vez más partícipe de sus preocupaciones sobre el futuro de España. Y días atrás, cuando eligió presidente del Gobierno a Luis Carrero. Su amigo y compañero, algo más joven que él, sería quien tomara las decisiones del día a día y bregara con los fastidiosos ministros. Franco, con sus 81 años, ya solo aspira a pasar los días disfrutando plácidamente de los nietos, la televisión y poco más.

De nuevo, en la calle Claudio Coello de Madrid

A las 9:20, un coche Morris verde oscuro recorre la calle y aparca en doble fila. El conductor abandona el vehículo con paso acelerado. Diríase que va a hacer una gestión rápida. Los dos supuestos empleados de Telefónica, sin dejar de fingir que revisan el cableado, miran fijamente al autor del incorrecto estacionamiento y le hacen un gesto de saludo que él les devuelve mientras se aleja del lugar.

Ocho minutos más tarde, el joven encaramado en la escalera da una voz de aviso: «¡Preparado, eh!». Su compañero abre la caja de herramientas y comienza a manipular un dispositivo provisto de una antenita. El que actúa como vigía acaba de ver cómo por la calle se acercaba lentamente un Dodge 3700 GT negro. Es el coche del presidente Carrero Blanco. El vehículo oficial —que carece de blindaje— va seguido a 20 metros por un coche de escolta, también de color oscuro.

Al llegar a la altura del Morris aparcado en doble fila, el coche del presidente se ve obligado a desviar su trayectoria y casi rozar el bordillo de la acera de la derecha. Se sitúa justo enfrente de una señal que los terroristas habían trazado en la pared. Es la ubicación perfecta: debajo hay un túnel que alberga más de 50 kilos de dinamita. Arriba, sobre la calzada, igual cantidad de explosivo en el maletero del coche mal aparcado a su izquierda.

—¡Ahora! —grita el sujeto de la escalera y su compañero acciona el interruptor del mando a distancia.

¡¡BRUUUMMM!!

La onda explosiva sacude a los dos terroristas y a los transeúntes más próximos. Los envuelve en polvo y arroja sobre ellos miles de pequeños fragmentos de cristal. Al mismo tiempo, se produce un fuerte trueno que golpea con violencia los tímpanos y ensordece a todos. No se puede ver nada: el humo polvoriento irrita y ciega los ojos. Huele a plástico quemado, pintura y pólvora. Los terroristas de mono verde se alejan dando gritos: «¡Fuera, fuera! ¡Ha sido una explosión de gas!». La consigna hace que todos los viandantes huyan del lugar.

Cuando se ha disipado un poco la humareda, los dos policías del coche de escolta que seguían el vehículo del presidente, levemente heridos, se acercan al gran socavón. Es un cráter que rápidamente se va llenando de agua. Pero ni rastro del Dodge de Luis Carrero. «¿Se habrá librado de la explosión de gas?», ¿estará camino de su domicilio?», se preguntan.

De nuevo, en el Palacio del Pardo, una hora después

¡Toc, toc, toc!, han golpeado levemente la puerta del dormitorio del Caudillo. Doña Carmen asoma la cabeza. Detrás de ella aparecen Vicente Gil, su médico personal, y Juanito Zamorano, el asistente que cada mañana ayuda a su excelencia a levantarse.

—¿Estás despierto, Paco?... Vicentón trae una mala noticia — dice la *Generalísima* mientras se sienta en el borde de la cama. Sus acompañantes, con serio gesto, aguardan en la puerta.

Franco abre los ojos desmesuradamente. «En los tiempos que corren puede ocurrir cualquier cosa en el país», piensa atemorizado.

—Luis Carrero ha tenido un accidente —dice el doctor Vicente Gil desde la puerta de la alcoba—. Le ha cogido una explosión de gas. Lo he escuchado en la radio cuando venía a palacio.

—¿Y... está grave? —pregunta el Caudillo con una vocecita que no le sale del cuerpo.

—Por desgracia ha fallecido, mi general.

—¡Juanito, ayúdame a vestirme! Voy inmediatamente a mi despacho —dice Franco mientras pone los pies en el suelo.

—Pero, Paco, no debes levantarte. Todavía no te has recuperado de la gripe.

—Tengo mucho trabajo. ¡Estamos sin presidente de Gobierno!

Franco replica a Carmen Polo con voz temblorosa y algunas lágrimas hacen brillar sus hundidos ojos. Piensa que, en muy poco tiempo, se está quedando sin los más fieles apoyos. Primero fue el primo *Pavón*, retirado por los achaques de su avanzada edad. Y ahora, víctima de un accidente fatal, el almirante Carrero. Ellos eran los hilos que le mantenían conectado a la realidad en estos últimos duros años.

Minutos después, tras colocarse con la ayuda de Juanito un traje oscuro para la que supone una jornada de reuniones, con paso renqueante se dirige a su pequeño despacho. Allí es donde con los secretarios suele trabajar habitualmente. El otro despacho, el más grande y amueblado, lo emplea en las múltiples recepciones que

tiene con políticos, militares, empresarios y jerarcas eclesiásticos. Todos vienen a pedirle algo. Él les escucha en silencio y, con una sonrisa, broma o chascarrillo, los desvía hábilmente al ministro de turno. La vida le ha rodeado de *cucos* a los que tiene que *torear* cotidianamente.

Justo en el momento de entrar en su despacho, uno de los secretarios le dice que el vicepresidente del Gobierno, el señor Fernández-Miranda, se encuentra al otro lado del teléfono.

—¿Qué ha pasado, Torcuato? —Franco le susurra medroso mientras se acomoda en el viejo sillón de un cuero tan cuarteado como la faz del Caudillo.

El ya presidente en funciones da cuenta al jefe de Estado de lo que este ya sabe. Confirma la muerte de Carrero y le dice que, aunque todo parece indicar que se trata de una explosión de la conducción del gas, se están investigando minuciosamente los hechos.

—Se ha producido a las 9:30 en la calle Claudio Coello. El presidente acababa de salir de su diaria misa de 9 en la parroquia de San Francisco de Borja y le ha cogido de lleno la explosión... Es una pérdida irreparable, la de un gran político y mejor persona— dice don Torcuato.

Añade Fernández-Miranda que lamenta mucho dar tan enorme disgusto a su excelencia, sabiendo que se encuentra con problemas de salud. Por último, se despide diciéndole que va a reunirse con los responsables de la investigación y que le mantendrá inmediatamente informado de cualquier novedad.

Franco, agitando la mano, echa del despacho a todos los que se han ido congregando. Presa de un mal presentimiento, sin resuello, se queda inmóvil en su sillón. El silencio reinante se ve roto por una de las doncellas. Siguiendo órdenes de doña Carmen, le trae una bandeja con el desayuno. Mira con desgana todo lo que le ofrece e intenta coger con las dos manos la taza de café con leche. Pero es inútil, los recurrentes temblores no le permiten llevársela a la boca. Recurre a la pajita que para estas situaciones siempre acompaña a la taza. Tras dar varios sorbos, toma su dosis diaria de Simenet.

Momentos antes, en la calle Claudio Coello

En el lugar de la brutal explosión aún persisten vaharadas de humo y fuerte olor a goma y pintura quemadas. Entre los coches destrozados, hay mucha policía observando el profundo socavón que ha provocado la explosión. Está inundado de agua y se piensa que allí puede encontrarse sumergido el coche del presidente Carrero.

Pero no es así. De la residencia de los jesuitas, la conocida *Casa Profesa*, adosada al templo de San Francisco, salen unos religiosos para dar una sorprendente noticia: en la terraza de su edificio hay un coche negro con tres cadáveres dentro. ¡La explosión lo ha elevado sobre un edificio de seis plantas!

Poco después, los policías descubren un túnel que se dirige del socavón a la casa de enfrente. Tras penetrar en el sótano del edificio, comprueban que allí se ha preparado el atentado. Los terroristas han dejado allí evidencias y su firma en la pared. ETA es la autora del magnicidio.

De nuevo en el palacio de El Pardo

A media mañana, Torcuato Fernández-Miranda, presidente en funciones del Ejecutivo, se presenta en el palacio. Franco lo recibe en el enorme y suntuoso despacho oficial de mobiliario estilo imperio. Los hermosos tapices cubren las paredes y, del decorado techo, con *La apoteosis de la monarquía española*, cuelga una gran araña francesa de cristal tallado, dorado bronce y con su veintena de blancas bombillas encendidas. La ocasión exige la mayor solemnidad. El Generalísimo aparece hundido y encogido en el gran sillón real, detrás de la espléndida e imperial mesa, de caoba y decorados de áureo bronce, soportada por cuatro leones dorados en sus esquinas.

—Excelencia, ha quedado descartada la explosión de gas. Hemos recogido pruebas suficientes para afirmar que se trata de un atentado terrorista.

—¿Los comunistas, el FRAP, el GRAPO...? —susurra Franco.

—No, excelencia. Al parecer han sido los de ETA.

—¡Hijos de la gran puta! ¡No debimos dejar ningún nacionalista vivo en el 39! ¿Pero cómo ha podido pasar? ¿Cómo habéis permitido que esto sucediera? —dice encorajinado.

Fernández-Miranda, con expresión circunspecta, parece dispuesto a responderle, pero Franco le hace enmudecer con un gesto de su temblorosa mano. No quiere escuchar nada más. Está extremadamente agitado, se levanta del sillón y abandona la elegante estancia de las recepciones. Con paso vacilante se dirige a la puerta que, a la diestra, le comunica con su despacho privado.

Una vez en su refugio diario y lugar de trabajo, le dice al secretario personal que se marche. Cuando el mundo se derrumba a su alrededor, quiere estar solo. Tras cerrar por dentro con el pasador las dos puertas de acceso, camina hasta el escritorio. Entre suspiros, se desploma en el sillón y abre el cajón superior de su mesa de trabajo. Rebusca entre el arsenal de relajantes a los que recurre más de una vez antes de una visita o un consejo de ministros conflictivos. Aparta el Lexatin y el Orfidal, y se toma un Valium 10 mg. «Me importa un carajo que pueda interactuar con el Simenet», son las palabras con las que le replica a Vicente Gil, su médico personal, en situaciones *jodidas del carajo* como la presente.

El Generalísimo no quiere saber más, ni hablar con nadie. Arrellanado en su asiento, descuelga los teléfonos y se refugia en la absoluta soledad. Unos lagrimones surcan su ajado rostro. Si no lleva mal la cuenta —porque su memoria es ya poco fiable— es la cuarta vez que llora profundamente. Siempre lo ha hecho en la intimidad, pues el semblante impávido de un caudillo no puede mostrar debilidad alguna. La primera vez que lloró fue cuando siendo muy niño su padre le castigó cruel e injustamente por una trastada que había cometido su hermana Pilar. La segunda sucedió 20 años después, con la broma de la Cruz Laureada de San Fernando. La tercera, ante el cadáver de su amantísima madre, la mártir doña Pilar. Y ahora la cuarta, en este 20 de diciembre de

1973, con la pérdida del general Carrero, su gran amigo y colaborador. Su *alter ego*.

«Han asesinado a mi delfín y ahora vendrán a por mí», piensa, reviviendo la amenaza constante a la que ha estado sometido. Al mismo tiempo se pregunta cómo hay españoles, a los que ha dado 40 años de paz y prosperidad, que son capaces de darle semejantes disgustos.

«¡Pobre Luis! ¡Seguro que ha ido directo al cielo!», susurra y se pregunta el viejo general gallego, «¿Iré yo a hacerle compañía... si es que tal lugar existe?»

Franco cierra los ojos y se sumerge en la somnolencia. El cóctel de Simenet y Valium está cursando su narcótico efecto. Y la dura realidad de tan negrísimo día se disuelve en un mundo amable, algodonoso y celestial.

2

FRANCO EN EL JUICIO FINAL

ARRIBADA AL NUEVO JERUSALÉN

El Caudillo de España abre los ojos. Se ve sentado junto a su hermano Ramón. El miembro más aventurero de la familia está tripulando un avión de reconocimiento. «¿Pero no murió este loco cuando iba a bombardear a los rojos?». Se extraña por un instante, al ver su joven cara redonda y sonriente, como la tenía en 1938, antes de estrellarse en el mar. Franco observa su propio rostro en el espejo retrovisor y observa la piel lívida y descolgada, como un higo seco. Es la misma cara que se le quedó esta mañana tras conocer el asesinato de Carrero. Pero no importa este viaje en el tiempo, lo cierto es que ambos están a bordo de un hidroavión M18Ar y sobrevuelan lo que parece ser Alhucemas. Deben estar estudiado el terrero para diseñar el desembarco que hará cambiar la guerra del Rif.

Con un suave giro abandonan la recortada costa norteafricana, remontan el vuelo y se adentran en un cielo muy blanco y espeso. El azul ha desaparecido.

—¿A dónde vamos? —pregunta Francisco Franco. Su hermano le sonrío y le guiña pícaramente uno de sus ojos azul turquesa. De este héroe chalado, pionero en sobrevolar el Atlántico, se puede esperar cualquier cosa.

Tras atravesar a ciegas las cerradas nubes, aparece ante ellos un claro. Más que aterrizar, el avión se posa suavemente en él, como si fuera el autogiro de Juan de la Cierva.

—¡Ya hemos llegado, Paquito! —le dice mientras que con un gesto de cabeza le invita a bajarse del aparato.

Francisco Franco abandona el biplano. Mientras su hermano remonta el vuelo, él se pone a caminar sin rumbo, envuelto en una neblina lechosa. Tras recorrer un impreciso trecho, una flecha indicadora le sale al paso: AL REINO DE DIOS. Siguiendo la dirección señalada, el Caudillo se desplaza sobre las mullidas y etéreas nubes.

Al final de la blanquecina senda láctea, arriba a una grandísima y luminosa ágora. Al fondo, se levanta lo que parece una espectacular catedral que reúne todos los estilos arquitectónicos inventados por el hombre. Está erigida sobre un *nimbus*, una nube gigantesca, oscura y amenazante en su base y de níveos rebordes en sus crestas que se alzan ahora a un cielo azulísimo. Cuando, ascendiendo, se acerca, puede comprobar que la fachada catedralicia es un remedo del Pórtico de la Gloria compostelano. Dispone de una puerta central de doble vano y dos entradas laterales. Sobre el parteluz de la puerta principal, sin duda un Árbol de Jesé, hay alguien que le mira en silencio: el apóstol Santiago. Aún más arriba, un trono vacío. Ahí debía estar el Pantocrátor, el divino Jesús. Alrededor de estos dos lugares prominentes, numerosos personajes le observan. Son los 24 ancianos, el *Tetramorfos* de los cuatro evangelistas, además de los apóstoles, jueces y profetas. En torno a ellos hay gran cantidad de ángeles tocando las trompetas. Franco está sorprendido, aunque siempre fue muy tradicional, nunca creería que la puerta del Cielo llegara a ser tan milimétricamente igual que el gallego Pórtico de la Gloria. Sin duda, el maestro Mateo fue un visionario.

Cuando el viejo general se acerca al pórtico celestial, uno de los personajes, embutido en una larga túnica blanca, abandona la posición que ocupa en la puerta principal y se dirige a él.

—¡Hola, Francisco Franco! ¡Bienvenido al *Día de Yahveh*, también conocido como *el de la Cólera y del Juicio Final*! Hacía tiempo

que te esperábamos —le dice el barbado pelirrojo con amable gesto, mientras le rodea los hombros con el brazo.

—¿Se puede saber quién eres tú? —Franco se muestra entre sorprendido y molesto por tan familiar trato.

—¡Pues ya ves! —le dice mientras agita dos grandes llaves. Una es de plata; la otra, de oro: los símbolos del poder terrenal y espiritual—. Soy Simón Pedro, el funcionario celestial que se ocupa de recibirte en esta audiencia donde has de ser juzgado.

Mientras habla el que fuera primero de los apóstoles y *primera piedra de la Iglesia*, Franco observa detenidamente el pórtico celestial. Mira con preocupación el gesto adusto de aquellos personajes. Solo Daniel, como en la catedral compostelana, se muestra sonriente. En la parte central de la fachada, observa un trono vacío, justo encima del que ocupa Santiago sobre el Árbol de Jesé.

—¿Y no va a estar Él...el Juez Supremo? —dice mientras señala el trono del Redentor. Sin duda a estas alturas de su existencia está ya cansado de que le juzgue cualquier hijo de vecino. Aunque se llame Simón Pedro y sea el primer papa.

—¿Te refieres a Jesús, el Pantocrátor? —el apóstol, y pescador de almas, no parece incomodarse con el menosprecio del viejo caudillo—. No te preocupes, Él es omnipresente y omnisciente. Dondequiera que se encuentre, estará al tanto de cuanto digas. Al final del proceso, o cuando lo estime oportuno, se hará presente y dictará sentencia. Decidirá si debes sentarte a su diestra y gozar de Él eternamente, o ir directo a las fauces de la Bestia, la vieja serpiente de diez cuernos y siete cabezas.

—Si no va a juzgarme Jesucristo, cuyos dictados han guiado siempre mis actos, ¿quién se ocupará de mi causa?, ¿acaso Salomón?

—No, hoy le toca cubrir turno a la magistrada Débora. Ella se ocupará del procedimiento en nombre de Yahveh y en tanto Él haga acto de presencia. De hecho solo va ejercer de confesora. Ella escuchará la narración de tu vida y te hará las preguntas que estime convenientes.

—¿Una mujer, mi confesora?—se sorprende el general ferrolano.

—Débora es la primera, y única, gran juez de la historia de Israel. Te puedo asegurar que *la Abeja* ya impartía justicia en nombre de Yahveh bajo una palmera en las montañas de Efraím antes de que se creara el Estado de Israel, y cuando faltaban 1.000 años para que naciera el Mesías. El apodo de la juez Débora viene explicado por sus virtudes tan cristianas de mujer laboriosa, casta y dulce.

—¡Una dulce abeja, pero con letal aguijón! —protesta Franco.

—Eso sí, pero muy justiciera —matiza Pedro y, con grave tono, pregunta—. ¿No tendrás inconveniente en que te interrogué una mujer?

—Que conste que siento gran respeto, excesivo quizá, por la mujer cristiana: Pilar, mi madre, Carmina, mi esposa, *Nenuca*, mi hija...y, naturalmente, por nuestra Virgen María —dice Franco, no queriéndose enfrentar de primeras a la magistrada.

—En cualquier caso, te repito que la última palabra será la de Dios Padre —le dice Simón Pedro mientras le muestra su asiento frente al pórtico celestial.

De entre todos los miembros de la Corte se alza una mujer morena y esbelta, cuya larga y ondulada cabellera se derrama voluptuosa sobre sus hombros semidesnudos. Sin embargo, el alargado rostro y los marcados pómulos le confieren un duro gesto que hacen olvidar sus sensuales formas. Viste, como los demás miembros del alto tribunal, nívea túnica de fino lino y capa carmesí con dorados bordados. La hermosa y elegante magistrada celestial alza el brazo en romano saludo y se dirige al encausado.

Franco, muy complacido, le devuelve el saludo, en la forma que un día hiciera con el *Führer* el día que le hizo esperar en la estación de Hendaya. Débora, la Abeja, ajena a las reminiscencias del viejo general, le habla con voz potente, varonil y nada meliflua.

—¡Preséntate, cristiano! Dinos el nombre y los apellidos por los que eres conocido.

—Me llamo Francisco Franco Baamonde...El segundo de mis apellidos sin *h*: el añadido fue cosa de mi esposa para darme una prosapia más acorde con la de su aristocrática familia. Por cierto,

ella es María del Carmen Polo y Martínez-Valdés, que bajo mi mandato se ha convertido en señora de Meirás y Grande de España.

—¡Sí, Carmen *La Collares!* —grita desde su escaño en el pórtico el burlón *Danielillo*. Muchos ríen festejando la broma.

—¡Que nadie interrumpa al declarante! —ruje la juez recriminando la salida de tono del profeta Daniel—. Aquí solo el juzgado y yo vamos a tener uso de la palabra.

Débora, tras recordar la única función de oyentes que asiste a los celestiales magistrados, prosigue el interrogatorio de Franco, a quien agradece con una sonrisa ese primer gesto de sinceridad sobre su apellido. Por su parte, el anciano general ha hecho una mueca de desagrado al escuchar el insidioso mote de su señora. «Mal empieza este juicio», piensa para sus adentros.

—¿Has tenido, o tienes, algún apodo por el que se te conozca? —inquiere la juez.

—Cuando era muy pequeño en casa me llamaban Paquito y también *Cerillita*, quizás por lo canijo de mi cuerpo y mi generosa cabeza. También era Francisco, en la escuela; y Paco, entre los amigos. Ya de militar fui bastante conocido como *Franquito*.

El Caudillo no se siente obligado a mencionar otros apelativos que recibió, como el de *Paquita*, que alguna vez le llamara su padre, quizás por su voz aflautada a causa de una desviación del tabique nasal. Tampoco se muestra dispuesto a confesar que el envidioso y cruel Queipo de Llano se empeñó en llamarle *Paca la Culona*, sembrando, al igual que don Nicolás, dudas sobre su virilidad.

—¿No tienes más apelativos?—le dice la Abeja, que parece leerle el pensamiento. Se le ve presta a dispensarle uno de los aguijonazos que la hacen tan temible en la Corte Celestial.

—Bueno, durante unos años fui conocido en Oviedo como *El Comandantín*. Naturalmente todos esos apodosos se acabaron en 1939, cuando gané la guerra. Desde entonces solo prevalecieron los de Generalísimo y Caudillo. Bueno, también he empleado seudónimos en mis pinitos literarios, tales como *Jaime de Andrade*, *Juan de la Cosa* y *Jakin Boor*, como las columnas de las logias, en los artí-

culos donde denunciaba a la Masonería... Ah, y *Cofran*, las sílabas invertidas de mi apellido, cuando firmo las quinielas que hago a medias con Vicente Gil, mi médico de cabecera.

Una vez aclarado el tema de los apodos, tan orientadores de la variopinta personalidad del juzgado, la magistrada Débora, cambiando de tono, decide ahondar en el meollo de la cuestión. Quiere dar cuenta de los polarizados comentarios que se han recibido en la Corte Celestial sobre la conducta del general gallego.

—Tengo que decirte, Francisco, que tu caso no es nada fácil, entre otras cosas, porque has vivido muchos años pletóricos de acontecimientos de todo signo. Hasta aquí han llegado muchas alabanzas y plegarias hacia tu persona de cuantos te consideran un santo y justiciero varón, salvador del cristiano pueblo español, de la Patria y de la Iglesia católica. Incluso, hace algún tiempo, gran número de tus compatriotas llegó a pedir el capelo cardenalicio como paso inicial para ungirte papa. Pero también hay para ti casi infinitas peticiones de condena eterna. Vienen de quienes te acusan de asesino genocida, megalómano, nepótico tirano, egocéntrico oportunista... y de haber caído en cada uno de los siete pecados capitales menos en el de la fornicación, dicho sea de paso...

»Concretamente denuncian que te has dejado llevar por tu carácter soberbio y extremadamente ambicioso, y de haber eliminado arteramente a cuantos te podían hacer sombra en tu carrera hacia el poder absoluto. Incluso se han dado nombres concretos de las presuntas víctimas: Sanjurjo, Mola, Queipo de Llano, José Antonio, etc. También se dice que para lograr tus objetivos no dudaste en maquinarse un golpe de Estado, rebelarte contra un Gobierno legalmente constituido, prolongar innecesariamente una destructiva guerra, ensañarte con tus adversarios ideológicos y luego eternizarte de manera nada democrática en un poder omnímodo... —la juez Débora concluye con rotunda voz—. ¿Santo patriota o ambicioso criminal? ¿Cómo te consideras, Francisco Franco Bahamonde?

—Imaginaba que todos los que trabajáis para el Omnisciente disponíais de la información pasada, presente y futura. ¡Vamos,

que ya conocíais al dedillo mi currículum personal y profesional! —replica el Caudillo, decepcionado y con un indisimulado tono de reproche.

—El Supremo ya sabe lo que eres. Pero desea darte una última oportunidad de defenderte y, si fuera preciso, arrepentirte de tus actos. ¡Solo así podrás librarte del fuego eterno y el azufre! —clama la jueza Débora con amenazante voz.

—Veo que será mucho de lo que tendré que dar cuenta a esta Corte Celestial —dice resignado y con voz cansina el viejo militar—. En primer lugar, debo decir a sus señorías que siempre he actuado en coherencia con lo que el destino y las circunstancias me han demandado. Será largo de contar, pero demostraré que solo he sido el efecto de todas esas causas externas con las que el Todopoderoso ha rodeado mi existencia.

—No te preocupes por el tiempo que precisas, disponemos de toda la eternidad para que pruebes a esta Corte ese determinismo en el que parece vas a fundamentar tu estrategia de defensa. Este no será uno de esos juicios sumarísimos que solías celebrar.

—Eran tiempos de guerra —precisa Franco, visiblemente mosqueado por el tono agresivo de la bíblica Débora, que parece actuar más como fiscal que como juez. Empieza a dudar de la imparcialidad de la Abeja.

—Eso ya lo iremos viendo —la magistrada cierra, momentáneamente, tan crucial cuestión—. Cuéntanos ahora si en tu vida has transitado por el camino de los mandamientos divinos o si, para tu eterna condenación, has caído en el pecado y la iniquidad.

Al pie del Pórtico de la Gloria, los dos personajes, arrellanados en sus níveas poltronas, se disponen a transitar por lo que con seguridad va a ser una extensa y apasionante biografía. Las numerosas figuras bíblicas escuchan en silencio lo que tiene que decir el polémico y viejo militar.

—¿Por dónde comienzo? —pregunta Franco.

—Por donde desees. Quizás por el principio de tu existencia. De todos es sabido cómo en las tiernas edades se forjan los carac-

teres y las conductas —dice la magistrada mirándolo fijamente—. Aunque no lo creas, mi general, muchos de los presentes saben poco de ti. Tu personalidad siempre se ha contemplado como un pozo oscuro, insondable y poblado de misterios.